

Los pasados 11 y 12 de marzo, la comunidad académica de Filosofía de la Universidad Veracruzana tuvo a bien organizar tres conferencias cuyo punto de coincidencia fue el papel de la formación de la persona y su relevancia en el desarrollo de una comunidad democrática. Las jornadas de trabajo comenzaron, aunque de forma independiente, con la conferencia del Dr. Aldo Enrici de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral, quien presentó ante el claustro de investigadores del Instituto de Filosofía una charla en torno a la relevancia de la vida afectiva en el desarrollo de la democracia. La exposición dio lugar un debate sobre la necesidad de replantearse el sentido mismo de la democracia, más allá de la masificación derivada en parte del cambio de paradigma tecnológico, así como destacar la importancia de las convicciones comunitarias y, de la mano de filósofos como Martha Nussbaum y Richard Rorty, de la urgencia de una educación no sólo intelectual sino sobre todo afectiva en el desarrollo de los espacios democráticos.

El 12 de marzo tuvo lugar al medio día, ante un amplio público en la Unidad de Humanidades, la conferencia del Dr. Mariano Crespo, de la Universidad de Navarra, España, en torno a la reflexión sobre las nociones de empatía y simpatía. La reflexión de Crespo puso sobre la mesa la necesidad de volver, a partir de un enfoque reflexivo, a replantear una crítica de las contradicciones que se encuentran en muchos discursos tanto psicológicos como filosóficos. Algunos teóricos de la empatía la confunden con formas de afinidad afectiva que corresponderían más bien a la simpatía, y desde esas apreciaciones pierden la necesidad de afrontar una noción más neutral de empatía como acceso a la presencia de otra persona y sus propias vivencias. Así, por extraño que resulte, a alguien cruel no le falta empatía, pues el sentido del gozo ante el sufrimiento del otro parte del reconocimiento de esa persona precisamente como alguien que sufre, y no como una mera cosa. Algo diferente que, por otra parte, resulta esencial para la discusión sobre las actitudes morales es en primer lugar, el lugar prioritario de las emociones en la conciencia de los valores y, por otro lado, la voluntad orientada por la razón (aunque templada afectivamente) como punto de partida para la determinación de principios y actitudes ante los demás. Así, no es sólo la empatía el punto de partida de actitudes morales sino una forma afectivamente enriquecida de empatía, o simpatía, la que permite acceder a las personas en su valor, y trazarse fines de la voluntad en consecuencia con la racionalidad de valores descubiertos de forma emotiva. Todo ello, naturalmente, resulta decisivo en la construcción del proyecto de una comunidad democrática, donde es preciso reconstruir el tejido social a partir del énfasis de las emociones en las relaciones interpersonales. Así, la construcción de la ciudadanía no es independiente de una profunda reflexión sobre el involucramiento de las emociones en el acceso a los valores y el desarrollo de actitudes consecuentes que puedan orientar la fluctuación emotiva hacia bienes compartidos en una comunidad democrática.

¹ Artículo publicado en el Diario de Xalapa, el 15 de Marzo del 2019.

Más tarde el mismo 12 de marzo el Dr. Diego Antonio Pineda Rivera, de la Pontificia Universidad Javeriana, en Colombia, presentó ante un concurrido público una interesante reflexión en torno a la actualidad del individualismo democrático de John Dewey. En su reflexión puntualizó que la democracia no descansa en el imperio de mayorías impersonales sino, sobre todo, en la construcción del espacio común en el cual sea posible el libre desarrollo de las personas. Al final de su intervención, y luego de un balance histórico de los orígenes de los regímenes totalitarios antes de la Segunda Guerra Mundial, destacó la importancia de la creatividad y el arte en la formación de una comunidad democrática.

Aunque las propuestas de los invitados internacionales tienen diferencias notables en sus respectivas orientaciones filosóficas, los tres coincidieron en la centralidad de la educación en el desarrollo de la comunidad democrática, y la centralidad de la vida afectiva tanto en el descubrimiento de valores y fundamento del espacio de libertad y responsabilidad.

La nutrida asistencia del público y su entusiasta participación en las conferencias, todas ellas organizadas de forma conjunta entre la Facultad de Filosofía y el Instituto de Filosofía de la Universidad Veracruzana, sugieren un notable interés de la ciudadanía por promover opciones de reflexión sobre educación emocional y formación ciudadana, y que permita evaluar los alcances de la filosofía para afrontar los retos de la sociedad que queremos construir.

Educación emocional y virtudes democráticas, tareas de la filosofía

Los pasados 11 y 12 de marzo, la comunidad académica de Filosofía de la Universidad Veracruzana tuvo a bien organizar tres conferencias cuyo punto de coincidencia fue el papel de la formación de la persona y su relevancia en el desarrollo de una comunidad democrática.

Las jornadas de trabajo comenzaron, aunque de forma independiente, con la conferencia del doctor Aldo Enrici de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral, quien presentó ante el claustro de investigadores del Instituto de Filosofía una charla en torno a la relevancia de la vida afectiva en el desarrollo de la democracia. La exposición dio lugar un debate sobre la necesidad de replantearse el sentido mismo de la democracia, más allá de la masificación derivada en parte del cambio de paradigma tecnológico, así como destacar la importancia de las convicciones comunitarias y, de la mano de filósofos como Martha Nussbaum y Richard Rorty, de la urgencia de una educación no sólo intelectual sino sobre todo afectiva en el desarrollo de los espacios democráticos.

El 12 de marzo tuvo lugar al mediodía, ante un amplio público en la Unidad de Humanidades, la conferencia del doctor Mariano Crespo, de la Universidad de Navarra, España, en torno a la reflexión sobre las nociones de empatía y simpatía. La reflexión de Crespo puso sobre la mesa la necesidad de volver, a partir de un enfoque reflexivo, a replantear una crítica de las contradicciones que se encuentran en muchos discursos tanto psicológicos como filosóficos. Algunos teóricos de la empatía la confunden con formas de afinidad afectiva que corresponderían más bien a la simpatía, y desde esas apreciaciones pierden la necesidad de afrontar una noción más

neutral de empatía como acceso a la presencia de otra persona y sus propias vivencias. Así, por extraño que resulte, a alguien cruel no le falta empatía, pues el sentido del gozo ante el sufrimiento del otro parte del reconocimiento de esa persona precisamente como alguien que sufre, y no como una mera cosa. Algo diferente que, por otra parte, resulta esencial para la discusión sobre las actitudes morales es en primer lugar, el lugar prioritario de las emociones en la conciencia de los valores y, por otro lado, la voluntad orientada por la razón (aunque templada afectivamente) como punto de partida para la determinación de principios y actitudes ante los demás. Así, no es sólo la empatía el punto de partida de actitudes morales sino una forma afectivamente enriquecida de empatía, o simpatía, la que permite acceder a las personas en su valor, y trazarse fines de la voluntad en consecuencia con la racionalidad de valores descubiertos de forma emotiva. Todo ello, naturalmente, resulta decisivo en la construcción del proyecto de una comunidad democrática, donde es preciso reconstruir el tejido social a partir del énfasis de las emociones en las relaciones interpersonales. Así, la construcción de la ciudadanía no es independiente de una profunda reflexión sobre el involucramiento de las emociones en el acceso a los valores y el desarrollo de actitudes consecuentes que puedan orientar la fluctuación emotiva hacia bienes compartidos en una comunidad democrática.

Más tarde el mismo 12 de marzo el

doctor Diego Antonio Pineda Rivera, de la Pontificia Universidad Javeriana, en Colombia, presentó ante un concurrido público una interesante reflexión en torno a la actualidad del individualismo democrático de John Dewey. En su reflexión puntualizó que la democracia no descansa en el imperio de mayorías impersonales sino, sobre todo, en la construcción del espacio común en el cual sea posible el libre desarrollo de las personas. Al final de su intervención, y luego de un balance histórico de los orígenes de los regímenes totalitarios antes de la Segunda Guerra Mundial, destacó la importancia de la creatividad y el arte en la formación de una comunidad democrática.

Aunque las propuestas de los invitados internacionales tienen diferencias notables en sus respectivas orientaciones filosóficas, los tres coincidieron en la centralidad de la educación en el desarrollo de la comunidad democrática, y la centralidad de la vida afectiva tanto en el descubrimiento de valores y fundamento del espacio de libertad y responsabilidad.

La nutrida asistencia del público y su entusiasta participación en las conferencias, todas ellas organizadas de forma conjunta entre la Facultad de Filosofía y el Instituto de Filosofía de la Universidad Veracruzana, sugieren un notable interés de la ciudadanía por promover opciones de reflexión sobre educación emocional y formación ciudadana, y que permita evaluar los alcances de la filosofía para afrontar los retos de la sociedad que queremos construir.